



Santo Domingo. Siguiendo a Jesús en la obediencia¹

Fr. Emilio Barcelón, O.P.

“Tú no quieres sacrificios
Oh, Dios que me has enseñado
no me exigías víctimas por el pecado.
Entonces dije: He aquí que vengo,
en tus libros se me manda que haga tu voluntad
¡Dios miel, lo quiero y llevo tu ley en mis entrañas” (Sal,40, Heb 10,7)

Llevar en las entrañas la Ley del Señor es hacer de la propia vida una dedicación total al servicio del Reino de Dios.

La obediencia es, por tanto, un acto de amor. Amor a Dios y a su Reino, al Creador de la filiación, de la fraternidad y del señorío (vocación creacional). Es al mismo tiempo un acto de fe consciente y madura por el que la persona se compromete formalmente en buscar la voluntad de Dios para cumplirla: es el reconocimiento del Padre amoroso, compromiso por hacer realidad su Plan en el mundo. Amor a Dios y esfuerzo por hacerse hermano. Obedecer es hacerse hijo y hacerse hermano porque esa es la voluntad del Padre.

Arder por el Reino y someterse a sus exigencias implica vivir la pobreza y la castidad. Así es como los dominicos lo entendemos y por eso hacemos solamente el voto de obediencia.

Resumen de la Ley y los Profetas

La obediencia por amor a Dios y al prójimo resume toda la Ley y los Profetas, según Mt. 22,40, y es un amor que debe ser operante, activo y eficaz. Si la obediencia fue la que dio razón a la vida del mismo Jesús, la práctica concreta de este voto es esencial a nuestra vida religiosa dominicana y deriva en actitudes permanentes para nuestra vida. Santo Domingo vivía continuamente con su Señor; su comportamiento religioso estaba marcado por esta realidad. Una docena de veces y de manera explícita los testigos del proceso de canonización recuerdan que Domingo "hablaba con Dios o de Dios". Su comportamiento exterior, la seducción de su santidad solamente tenía una causa: Él vivía total e intensamente con Dios. De ahí que no hiciese sino la voluntad del Padre. Respecto a los demás, a sus frailes, los estimulaba en sus pruebas y los consolaba en sus enfermedades o aflicciones.

Obediencia como disponibilidad ante el Padre

Es hacerse uno mismo disponibilidad para el Único Proyecto; esto implica la renuncia a los propios proyectos, dejando que la vida, la historia, la comunidad, nos vayan haciendo. Todos conocemos sus deseos y proyectos de ir a misiones; cómo dimitió en el Capítulo General y al no aceptarlo los frailes retomó el mando de la Orden; o como nos dicen sus testigos: anhelaba ser azotado, despedazado y morir por la fe de Cristo.

Obediencia como fidelidad a la tarea de hacer el Reino

Lo cual exige en cada momento vivir en tensión continua, en permanente contraste entre la experiencia de Dios y la realidad en que vivimos. Obedecer es ser fieles al Proyecto divino y a todas las tareas que exige, lo cual supone estudio, contemplación, oración.

Fidelidad y obediencia al Carisma

Carisma que se concretiza en los proyectos. Por tanto, carisma y proyectos deben estar en total armonía. Fidelidad a la historia. Por ser fidelidad al Reino la obediencia es también fidelidad a la historia; en ella se juega la fidelidad a la propia vocación, porque ésta se cumple en una historia de liberación concreta, en un país y en un tiempo. Buscar y hacer la voluntad de Dios aquí y ahora es vivir permanentemente el sufrimiento del

contraste entre la voluntad del Padre (El Reino) y la sociedad que necesita ser adecuadamente transformada.

Obediencia como tarea

La obediencia es una tarea, hay que hacerla. Esta tarea que se asume libremente y con la responsabilidad de hacer posible que, a su vez, todos los hombres tengan acceso a la obediencia del hombre libre.

Obediencia como factor personalizante

Nos hace significativos en relación a “algo”, al proyecto de Dios sobre el Reino, con una tarea personal, histórica e irrepetible y que debemos asumir responsablemente como respuesta al amor del Padre. El ser para los demás, como Jesús, como Domingo, descubre en la obediencia todo el dinamismo creativo, ya que exige una continua creatividad y crecimiento en el amor. Hacerse hermano es asumir la tarea de crear alegría para todos (“nadie más afable y alegre que Domingo”).

Obediencia en libertad

Obedecer a Dios es no ligarse a cosa alguna, sólo al Plan de Dios y su Justicia. Nada debe atarnos a los religiosos; nada es tan importante que no pueda cambiar, reformar o descubrir si conviene al Proyecto de Dios (Nuestro Padre dio un cambio total al concepto que se tenía de los monjes, por ejemplo).

La obediencia lleva en sí los gérmenes de una absoluta pobreza

Esta pobreza alcanza los niveles más íntimos de la persona y le impide aferrar su corazón, no solo a sus cosas, sino hasta sus convicciones. La obediencia impide sacralizar nada, sólo la voluntad de Dios es sagrada. No hay estructuras esencialmente cristianas. Sólo el hacerse hijo y hermano es esencialmente vivir a Cristo. Esto supone una gran sensibilidad para evaluar continuamente qué es lo que nos ayuda y qué es lo que nos bloquea en nuestro caminar hacia el Padre. Resumiendo, podría decir que el dominico obediente es: persona consagrada a un ideal: Predicar el Reino; dedicado a una fidelidad: hacer el Reino; obediente a un mandato interior; y libre de la preocupación por lo que se rompe o se crea. En este sentido la obediencia implica provisionalidad de todo, en vistas al avance del Reino.

La obediencia exige una ascesis profunda y vigilante

Ascesis porque es mucho lo que debemos controlar en nuestro interior, y porque vivimos en estructuras de pecado que nos pueden impedir la concentración y búsqueda constante del ÚNICO. Por ello también la obediencia es contemplación continua y es un acto continuo de fe. Obedecer hasta la muerte es la única manera de ser cristiano.